—¡Qué remolino! ¡qué batahola! que me ahorquen si esos franceses dejan un trage en buen estado!

—Han tocado á zafarrancho!

XI.

Era tan crecido el número de las parejas, que no hubo *intermedios*, y mientras terminaba una pieza, eran conducidas á su asiento las señoras que acababan de bailar, otras se levantaban á ejecutar la siguiente, preludiada desde luego por alguna de las bandas de música.

A las doce danzaban mas de trescientas parejas, y aun habia sentadas no pocas señoras, aunque todas mayores de edad.

Cuando la sala se despejó á causa de que la concurrencia comenzó á acudir á la mesa, bajaron de los palcos las señoras que habian permanecido en ellos desde el principio y la tertulia ofreció un nuevo aspecto.

Las señoras iban vestidas con sencillez lujosa, aunque algunas llevaban alhajas valiosísimas.

La elegancia reinaba en casi todos los trages y tocados, y los colores dominantes eran el blanco, el pajizo, el azul y rosa claros.

—Eres un hombre insufrible, dijo doña Canuta á su esposo, no me has traido aún un compañero para una pieza, cuando sabes la predileccion que tengo por el baile.

—Querida mia, la diplomacia no puede ocuparse de esas frioleras, altos negocios se discuten y preparan esta noche.

—Llévame á la mesa, recuerda que no he tomado nada desde esta tarde; tengo el estómago en un hilo.

El diplomático cargó con su adorada mitad y llegaron al convite gastronómico con el hambre de unos náufragos.

Ya hemos dicho que Luz habia rehusado bailar, el capitan Hugues no se habia separado en toda la noche de su lado, lo que la tenia sumamente fastidiada.

Don Serafin la habia buscado por todo el salon, pero en vano.

Una casualidad hizo que pasase cerca de Luz, ésta aprovechando la oportunidad de alejarse del capitan, le habló al pasar.

—Señorita, dijo satisfecho don Serafin, he recorrido cien veces la sala, soy un torpe, no merezco perdon, pero estoy imdemnizado porque al fin la encuentro á usted.

—Déme usted el brazo, estoy cansada.

—Con mucho gusto, dijo don Serafin, y se echó á andar hasta llegar al bosque formado en el proscenio, donde Clara platicaba acaloradamente con Demuriez.

—Me tienen hastiada estos franceses, dijo Luz.

Clara se desprendió de su compañero, y tomando el brazo á don Serafin se reunió con su amiga.

—Te veo muy entusiasmada esta noche.

—No, querida, estos oficiales disputan por nada, tenemos que habérnoslas muy tiesas con ellos.

—¡Ay! dijo Luz, compadéceme, el señor Hugues me ha dado una broma de tres horas con su silencio. El quiere que yo adivine su amor y yo empeñada en ignorarlo aunque me lo declare.

—El señor Demuriez me exajera el suyo.

—Recíbelo como una entrega del *Mundo Ilustrado.*

—Son ustedes terribles, esclamó don Serafin, yo me congratulo de tenerlas por amigas, y no obstante, tiemblo como un azogado.

—Es usted asustadizo, dijo Clara resplandeciente de satisfaccion y de hermosura.

—Les diré á ustedes que yo prefiero la derrota si viene de personas tan hechiceras.

—Caballero, esclamó Luz, no ensarte usted galanterías, ya nos está usted oyendo lamentar de esa plaga.

—Se quejaba usted ántes del silencio profundo del capitan Hugues, y por eso me apresuraba á entrar en ese terreno.

—Yo no queria precisamente que me enamorasen, hay tantas conversaciones....

—Usted perdone, no soy de la misma opinion, con ustedes no puede hablarse mas que de amores.

—Usted tiene, dijo Clara, ese sistema y nosotros lo respetamos; pero ya tanto amor nos tiene fastidiadas.

—Insisto en que Luz ha estrañado el proceder del capitan por ese motivo, de mí no tendrá igual queja ninguna muchacha, y mucho ménos si es tan hermosa como las que llevo á mi lado.

—Es reincidente, esclamó Luz.

—Entre paréntesis, el capitan sigue á usted como la sombra del Comendador.

Las dos jóvenes volvieron involuntariamente la cara hácia el capitan, que sorprendió lo irónico de su risa.

—No toman ustedes algo? preguntó don Serafin.

—Tomaremos un helado, respondió Clara, y los tres se dirijieron á la mesa de refresco.

XII.

El capitan Hugues palideció terriblemente, y se propuso hablar á don Serafin dos palabras al oido.

El salon de refresco estaba concurridísimo, habia señoras que brindaban y hombres muy exaltados por el arreglo intervencionista.

El periodista Medusa decia á su co-redactor con aire de triunfo:

—Propónense nombres de príncipes y álguien se figura convertida en una duquesa, todo respira aquí *monarquía*, se respira un perfume de Versailles.

—Faltan urnas para el escrutinio; pero hacen sus veces las copas de Champaña.

—Lábios encantadores, al libar, dejan escapar sobre la espuma un deseo, un voto, ¿qué digo? un voto en favor de la *monarquía*.

—Otros mas osados, dijo el compañero, votan y brindan en voz alta: ¡Feliz quien sea rey!

—Ha sido ya consagrado por manos hechiceras, ungido con champaña y coronado de rosas!

—El viento sopla, pues, del lado de la *monarquía*.

—"El viento y la mujer—dice un poeta—son una misma cosas" y "lo que quiere la mujer, Dios lo quiere."

—Las bellas han sido esta vez, como otras muchas, mas resueltas que los hombres.

—Lo que la prensa, dijo el compañero, balbute de algunos dias acá, en voz baja y con aire cortado, ellas lo proclaman denodadamente enseñando su blanca dentadura, con dulcísimas sonrisas y aire de triunfo.

—Los doscientos cincuenta notables no podrán hacer otra cosa mejor. Tendrán la galantería de sancionar un voto emitido ya por voces indudablemente mas melífluas que las suyas y mas poderosas.

—Aun cuando fuesen diez mil, el resultado del escrutinio seria unánime, la monarquía será proclamada.

—Ni un solo sentimiento de pesar, decia el señor Fajardo, podemos consagrar á esa república que desaparece. Eróstrato que mandó quemar el templo de Efeso.... nó, eso no viene al caso, decia que ha llegado la vez de decir lo que Reims á Sicambro, "dobla la cerviz, adora lo que has quemado y quema lo que has adorado." Sí, señores, nosotros podemos oir sin anegarnos en llanto, cuantas tragedias escriba Guillermo Prieto en sus peregrinaciones, sobre el triste fin de la república juarista.

—Pero tenemos, añadia, una cuestion, ¿será el rey extrangero ó mexicano? Al morir Cambises, los siete grandes dinastas de Persia, convinieron en salir á caballo un dia y á una misma hora, y que aquel cuya béstia relinchara primero, seria proclamado rey.

—Este señor relincha demasiado, dijo un jóven, y todo el corrillo se disolvió á pesar de la elocuencia del diplomático.

—Guardaré para mañana, dijo para sí, mis citas históricas, y apuró una copa de vino.

—Volvamos al salon, esposa mia, dijo á doña Canuta, y tornaron á la sala algo abandonada por la concurrencia que se retiraba.

XIII.

Forey habia dejado el baile á la una y media, y el señor de Saligny hablaba ya con mucha dificultad al redactor de la *Estafeta*, que emprendia su ataque á la tercera botella de coñac.

Demuriez cargaba terriblemente á Clara, que se contenia ante el orgullo femenil; pero que ya falta de aliento, buscó á una amiga como un puerto de salvacion.

—Vámonos, le dijo, estoy rendida.

—Esperarémos un momento, respondió la Sra. Fajardo, tengo dada esta contradanza á un caballero que me la ha pedido para un amigo.

La música anunció la contradanza.

El amigo á que se referia doña Canuta, se presentó seguido del alférez Poleon, que venia de punta en blanco, es decir, con su sable y sus acicates de Cazador de Africa.

—Le presento á usted al alférez Poleon.

—Es esta señora, dijo el cazador, la pareja que me teneis destinada?

—La misma, respondió doña Canuta que se habia propuesto bailar á todo trance.

—Bien, dijo Poleon, bailemos, y le presentó el brazo á la señora Fajardo, que se quedó al nivel del puño del sable.

Tomóla el alférez por la cintura, y levantándola por el aire, giró con ella como un desesperado.

—Me vengo de esta bruja, decia en su interior el alférez.

Doña Canuta estaba medio muerta.

En uno de aquellos giros gimnásticos, atoróse el acicate del alférez en el traje y lo desgarró completamente.

—Ese hombre va á descuartizar á mi esposa, clamaba el diplomático.

¡Poleon seguia en el vértigo de su wals.

En una de las ascenciones aereostáticas que efectuaba doña Canuta en los brazos del militar, acertó á introducir la punta de su larga y prominente nariz en un ojo del alférez.

—¡Me ha chafado! gritó Poleon, y plantó enmedio de la sala á la infeliz señora, dejándola abandonada y atarantada como si hubiera caido de la luna.

Un aplauso salió de uno de los palcos terceros y resonaron dos ¡bravos! que llamaron la atencion de la concurrencia.

Enrique y Luis reian á carcajadas.

Clara y la infeliz hija de los Fajardos se cubrian con los abanicos.

—Vámonos, dijo don Modesto, he estado á punto de enviudar.

XIV.

Don Serafin acompañó hasta el carruaje á la familia, y cuando iba á entrar en el suyo, sintió un golpe de una mano sobre su espalda.

—Perdone usted, caballero, dijo un capitan de Estado Mayor, que no era sino Enrique Hugues, el apasionado amante de Luz.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Cuando un hombre pone á otro en ridículo, dijo el capitan, está espuesto á ser llamado á un lance de honor.

—Precisamente, dijo don Serafin, ¿y bien?

—Ahorremos palabras, caballero, usted me ha insultado y me debe una satisfaccion.

Don Serafin, á pesar de ser un *dandy* almibarado, era hombre de honor; en su vida de vagancia habia aprendido á tirar el florete, ántes que ocuparse de la gramática, y era reputado gran tirador de la esgrima entre el mundo de los elegantes.

—No tengo, dijo, una persona que me acompañe; pero si usted tiene dos amigos, uno me servirá de padrino.

—Presentes, dijeron á una voz el comandante Demuriez y el alférez Poleon, á quien le lloraba aún el ojo donde la señora Fajardo habia impreso su desmesurada faccion.

—Mi coche está cerca, señores, dijo don Serafin, y despues de haber entrado con los tres oficiales, gritó al cochero: Ignacio, á la glorieta de la Piedad!

XV.

Como en estos lances se hace gala de serenidad, se entabló conversacion sobre los accidentes del baile, hubo chistes y bromas de buen gusto.

La mañana comenzaba á clarear, cuando los cuatro caballeros se apeaban del carruaje.

—Ajusten ustedes las condiciones, dijo don Serafin, y se apartó á conversar con el capitan de cosas indiferentes.

Despues de cinco minutos, el comandante les dijo:

—Se trata de un negocio de poco momento, se batirán á *primera sangre.*

—Caballero, dijo Poleon, elija usted espada, y le presentó la del comandante y el capitan que eran absolutamente iguales.

Don Serafin elijió al acaso.

Despojáronse de sus casacas los contendientes, las espadas se cruzaron y comenzó el duelo.

El capitan era muy ágil; no obstante, el alférez que era conocedor, dió una mirada de inteligencia á Demuriez.

Efectivamente, don Serafin era un tirador de primera fuerza.

El combate se hizo terrible.

El capitan se desmoralizó un tanto al encontrarse con un adversario que no imaginaba.

Don Serafin desvió con violencia el acero de su enemigo, y dejándose ir á fondo atravesó de parte á parte al desgraciado Hugues, que dando un ronquido sordo y terrible, se derrumbó, no solo en el suelo, sino en la tumba.

—¡Bien muerto! dijo Poleon sacudiendo el cuerpo del capitan, y saludó cortesmente á don Serafin.

—¡Bien muerto! repitió Demuriez, tocándose el kepí.

Don Serafin desapareció todo confuso, dejando á disposicion de los padrinos el carruaje para conducir el cadáver del capitan.

CAPITULO UNDECIMO.

LA MONARQUIA.

I.

El dia 8 de Julio del año del Señor de 1863, se instaló solemnemente la Junta de Notables que debia expresar su voto respecto á la forma de gobierno definitivo del país.

Los hombres que concurrieron á esa célebre asamblea, se han sepultado en la noche del olvido ó en el fatalismo de la desgracia.

La junta de Notables fué propuesta por Saligny, ministro de Napoleon III, al comandante en gefe de la espedicion, y bajo sus auspicios se instaló y determinó la muerte de la república.

Se ordenó que las sesiones fuesen secretas, cuando se estaba bien seguro de que no habria un solo individuo que se opusiera á los mandatos del César frances.

Una voz sola se levantó como una protesta en el seno de la Asamblea.

En esas violaciones del derecho, nunca falta una protesta, y es que los rayos de la justicia trasponen las tinieblas mas densas.

Los *notables* soñaban con el apoyo de la Europa, creian que el ejército de Napoleon no abandonaria jamas el territorio mexicano.